

## CONCEPTO Y PRÁCTICA DE LA LIBERTAD EN ALEJANDRO KORN

El filósofo no se satisface con su mundo y con su yo, tal como se le ofrecen en la experiencia directa. Le despiertan problemas o despierta él a los problemas. Una vez que penetre por este camino, es imposible predecir el término. Quizá llegará un momento, como acontece a casi todos los que asumen la misión de filosofar, en que tropezará con antinomias, exigencias evidentes, de contenidos recíprocamente opuestos.

Este es el destino, fatídico, del pensador que, seriamente, con miras a una visión clara e imparcial, se plantea el problema de la libertad. Alejandro Korn arrimóse a su estudio cautamente, considerando que es fundamental para el conocimiento del mundo y del lugar que el hombre ocupa en el mismo. Quería estar seguro de la posibilidad o de la imposibilidad de la solución. Porque también es destino del filósofo, después de largos y arduos rodeos, resignarse ante el muro insalvable que impide toda salida satisfactoria.

Y ésta fué en definitiva la meta a que llegara. Pero el trabajo no resultó vano; al contrario, son muy valiosas las reflexiones con que se abrió camino hacia la gran incógnita. Decidió contemplar lo que, antes de él, realizó todo pensador preocupado por los fundamentos de la ética y de la dignidad humana. Y, como a ellos, la posible solución se le esfuma insegura e incierta.

Los mismos dogmáticos que precisan de la libertad del hombre y de su consiguiente responsabilidad, para salvarlo o condenarlo, tropiezan por un lado con la omnipotencia y omnisciencia divinas y, por otro, con un quehacer que debería estar exento de toda presión. La palabra libertad, utilizada por cualquier filósofo que se aprecie, arrastra teóricamente un trasfondo de frustración. Es una de las antinomias, quizá la básica, pues en ella nos sentimos comprometidos nosotros y nuestra modalidad especulativa. Llegados a este extremo sin apertura, evidenciáse, más que nunca, cuán vacua e inútil es la existencia humana. “Es la tercera antinomia, dice Korn (la de Kant donde enuncia el problema de la necesidad y de la libertad) la resultante leal y concluyente de la crítica de la capacidad cognoscitiva y no cabe, ni interesa eludirla. No se altera un ápice la realidad con una solución verbalista. Al tropezar con la antinomia la teoría ha cumplido su misión; nos da la clave de lo existente, pero no puede anticipar la resultante de un proceso dinámico de proyección infinita” (1).

El filósofo sabe muy bien los riesgos, cuando se consagra a funciones teoréticas. Si ha emprendido la tarea con todo su ser, y no simplemente como regodeo o distracción mental, no permanecerá alicaído ante la imposibilidad de la solución. Si así fuera, y muchas veces así ha sido, se justificarían en parte las invectivas de los hombres de acción y políticos contra los forjadores de ideas. Korn, en el mismo capítulo donde escribiera las palabras antes citadas, agrega: “No queda sino un problema práctico: ocupar una posición. Si nos place una posición negativa, nos resignaremos en el renunciamiento ascético, incorporaremos nuestro esfuerzo personal, a las energías que realizan la tarea sin fin de la acción creadora.”

Estas expresiones del pensador argentino nos aproximan a una solución a la vez especulativa y práctica. Porque, no lo olvidemos, si el filósofo no quiere renunciar a su condición de tal, no puede entregarse tonta e indiscretamente a la acción. Aun aquel que está acuciado por las más hostigadoras dudas, busca justificar la razón de su ser y de su proceder en medio del tempestuoso mar de la acción.

Caben tres posibles actitudes que caracterizaríamos con las

(1) *Libertad creadora*, XIX. Utilizo *Obras*, tres tomos, publicados por la Universidad Nacional de La Plata, 1938-1940.

palabras de pesimismo, solución trascendente y acción. ¿Por qué Korn se ladea por la tercera y rechaza las dos primeras?

Complaciente y tolerante, admite la posibilidad de la actitud que hemos denominado pesimismo: un renunciamiento ascético que, a la par, también es una decisión escéptica teórica y práctica. Equivale a la protesta contra una vida que carece de sentido, por ser insoluble el problema que debería proporcionárselo. El pesimismo se expresa en muy diversos grados, desde una exaltación jubilosa que ahoga las vacilaciones hasta el retraimiento antisocial o el suicidio liberador. Pero, sea cual sea el grado en que se lo practique, es indicio de ánimo apocado, exento de vigor.

Korn, anímica y físicamente, era un hombre valeroso y emprendedor que aceptaba la tarea del filosofar con propósitos tesoneros, posiblemente como fundamental función de su existencia. No condescendía, con su temperamento una actitud ascética pesimista; prefería un gozoso vivir, refrenado por la reflexión. Además, hijo de su tiempo y de su patria, de cara al progreso, cuando Argentina vivía la juvenil arrogancia de su hacerse y manifestarse al mundo, deseaba contribuir al evolucionar material, político e ideológico. El pesimismo es el fruto que se desprende de culturas muy evolucionadas, tan cansadas y refinadas que llegan a la convicción de que todo ya está definitivamente agotado.

Menos todavía podía complacerle la solución trascendente, por lo menos tal como se la ofrecían las creencias que le eran más cercanas. Tanto el trascendentalismo católico como el calvinista coinciden en principios, aunque el segundo es de más recia, abierta y desoladora expresión; conceden al hombre un simulacro de libertad, amenazada y prefijada por el absoluto divino que, desde toda la eternidad, precisara en moldes incambiables los más mínimos pasos de los seres que se mueven en el tiempo.

No podemos salir de la conciencia, afirma Korn; y con esto corta todo amarre posible para una solución trascendente y aun metafísica. "Racionalistas y empiristas, dica, durante siglos, en presencia de este mundo criptógeno, se afanaron en concebir una metafísica para explicar lo conocido por lo desconocido. No construyeron sino sistemas de conceptos sin contenido representativo. Si a nuestra vez abrigáramos el deseo de imitarlos, ya no nos bastaría una metafísica, necesitaríamos una metapsíquica para pene-

trar en lo super consciente. Enunciarlo es evidenciar su imposibilidad.” Para un filósofo que piense así, toda solución trascendente juega con lo desconocido. Además Korn, que se formara en el positivismo, de cuya influencia no logró jamás librarse totalmente, asimilaría, en parte con razón, la solución trascendente a la pesimista. Aniquila, cuando uno se adhiere consecuentemente a ella, en cualquiera de las dos modalidades enunciadas, la acción y el progreso.

La libertad, enseña, es un hecho de experiencia primaria. No hay hombre que no hable de ella ni se guíe por ella. Por ser algo tan inmediato elude toda definición, pues “los hechos primarios no podemos referirlos a otros; solamente podemos intuirlos”. “Quien no sepa, afirma, por testimonio inmediato de su conciencia lo que es la libertad, renuncie a entenderme, como yo renuncio — con sentimiento — a su valioso concurso.”

El filósofo, que se había esforzado en aclarar el misterio, vuelve a su punto de partida. Queda el hecho inexplicable. Algún comentarista de Korn ha dicho que para él libertad es ausencia de coerción, como ésta es ausencia de libertad. Pero, a renglón seguido, de esta presunta definición, agrega, con toda razón: “nada adelantamos con semejante tautología” (2).

Puesto que “por ninguna vía tocamos la certidumbre” no nos queda sino la acción, que, en rango más dignificativo, es libertad. No incita a obrar en manera análoga a lo que se aconseja a los incrédulos, de comportarse como si creyesen. *Cela vous abetira*, afirma Pascal; o te entontecerá, comenta Jacques Chevalier. Se quiere decidir en la acción irreflexiva lo que se niega a una razón responsable. En el problema de la libertad, el intelecto ha agotado sus esfuerzos y tropieza con antinomias; pero la vida es un hecho y el obrar una necesidad, sino queremos retraernos al ascetismo pesimista. “La vida, dice Korn, no depende de un teorema o de un credo: la vida es acción. Pero la acción depende de la voluntad: el hombre es responsable de sus actos, acierte o yerre, triunfe o sucumba. Si acepta la vida, acepta el riesgo con resolución heroica o con encogimiento cobarde, con prudencia ponderada o con impulso torpe. Su voluntad soberana decide” (3).

(2) *Libertad creadora*, XXVI.

(3) *Apuntes filosóficos*, XVII.

Dada la forma como se acercaba al problema, por ser filosóficamente responsable, no le quedaba otra salida. No es pragmático, como se podría pensar, pues su propósito no consiste en comprobar la verdad de que exista la libertad, mediante la verificación, sino que simple y humanamente se atiene al hecho ante la imposibilidad de comprobarlo teóricamente.

Para Korn, como para el materialismo dialéctico, hay un mundo objetivo y otro subjetivo, que originan dos clases diferentes de conocimiento; pero, déjese bien sentado, que ambos acontecen exclusivamente en la conciencia. “En verdad, afirma, la conciencia se desdobra en un orden objetivo y otro subjetivo. No podemos decir más de lo que sabemos, pero esto lo sabemos de una manera inmediata y definitiva.” Pero el materialismo dialéctico llega a esta conclusión, no por el reconocimiento de la antinomia a la manera de Kant y de Korn, sino por la opinión determinista, al sentar como comprobado que la necesidad del movimiento y de la transformación proceden del intercambio del yo con la naturaleza y el interior de la sociedad. Por lo tanto, para el materialismo dialéctico no sólo todo planteamiento metafísico es absurdo e ilusorio, sino también los pasos con que Korn llegó, en los primeros capítulos de *La libertad creadora*, a la comprobación de la antinomia.

Tampoco es una solución realista en el sentido tradicional, pues éste al admitir como diversos, fuera de la conciencia, materia y espíritu, sujeto y objeto, no explica la libertad, esto es, se opone al hecho de que, actualmente, nos sintamos con facultad para elegir. Para Korn los dualismos clásicos, son modos del conocer y no del ser, dualismos gnoseológicos y no ontológicos. Nada significan ni son fuera del proceso lógico, esto es, fuera de la conciencia.

Se ha dicho que Korn es el primer idealista argentino. “Debemos, pues, tener presente que el mundo externo no es una realidad conocida sino un problema, que, por de pronto, cuanto existe, solamente existe en una conciencia.” (4). Pero, ¿qué clase de idealismo? Destruye toda normatividad que tenga carácter absoluto, y reste una sola realidad que no se trata de expulsar ni se puede: el yo. Lo sutaliza tanto que es la única entidad que permanece siempre actual. Es ésta la razón de que haya reducido

(4) *Libertad creadora*, I.

todas las categorías a la de *relación*; por lo mismo, no tienen sentido fuera de la realidad tempo-espacial. “El conocimiento, dice, organizado por medio de conceptos no puede dar sino un esquema de la realidad; nunca una visión exacta de la realidad misma. También los sistemas son abstracciones.”

¿Qué son, por lo tanto, según Korn, el hombre y su más inmediata manifestación: la libertad o la acción? Mientras que, en la dialéctica materialista, se complican con el objeto la naturaleza y la sociedad, de tal modo que el sujeto concreto hombre parezca antes bien su producto que un factor dinámico y dirigente, en Korn, más de acuerdo con el idealismo, se destaca el sujeto, ciertamente inconcebible sin el objeto, al que transforma en la acción.

Conviene leer detenidamente su ensayo *Libertad creadora* para comprender hasta donde llega la potencialidad del sujeto o del yo. Para Korn cuanto existe, sólo existe en la conciencia, incluso lo inconsciente es tal sólo en cuanto lo pensamos. Parecería que nos vamos arrimando al solipsismo. Korn adivina la posible objeción; pero afirma que no es egocentrista, error que “caracteriza al idealismo subjetivo y en rigor lleva al solipsismo” (5). Culpa a Descartes el confundir *la* conciencia con *mi* conciencia. Sin embargo, en ninguna de sus obras encontramos una clara dilucidación entre *la* conciencia y *mi* conciencia. “Si este mundo está fuera del yo, afirma, no está fuera de la conciencia. Las sensaciones son sus elementos constitutivos, son hechos psíquicos y otra noticia no tenemos de su existencia” (6). Por otra parte, “el sujeto o el objeto aislado son abstracciones, no existe el uno sin el otro” (7). Además no podemos ir más allá de los hechos de los cuales tenemos conocimiento inmediato; de ahí, por lo menos, la imposibilidad de legitimar cualquier metafísica o trascendencia. Ahora bien, ¿qué sería *la* conciencia, fuera de *mi* conciencia, sino un producto metafísico y trascendente?

Korn se veía acosado por argumentos y contra-argumentos. Quería evitar los extremos egoístas del solipsismo y de un actualismo, muy semejante al del filósofo italiano Gentile; pero, a nuestro parecer, no lo logra. Esto se evidencia en su axiología. Los valores nacen de la experiencia; en una apreciación subje-

(5) *Libertad creadora*, VIII.

(6) *Libertad creadora*, VII.

(7) *Libertad creadora*, XVI.

tiva de la realidad, evolucionan con ella y como ella quedan expuestos a cambios. Son necesidades que el individuo se ve precisado a satisfacer y que organiza en escalas apreciativas. Hemos querido pensar que el solipsismo y el actualismo son momentos en la estructuración filosófica de Korn, como en la fenomenología de Husserl y en algunos idealismos; pero en el pensador argentino no vemos la salida.

Hay en él un arrastre positivista o empirista que lo retiene en el yo, en *mi* conciencia, en la experiencia identificadora de sujeto y objeto; pero, por otro lado, lecturas de pensadores idealistas y metafísicos, lo mueven en anhelo hacia una solución que le permita establecer una base más sólida, incluso para el mismo yo. Korn vive la crisis de una filosofía que presagia, pero que no soluciona. Cuando esperamos una explicación, como en el ensayo *Esquema Gnoseológico*, afirma que “conocer es contemplar el contenido de la conciencia. Es decir, el contenido concreto que sucesivamente la ocupa, no la conciencia misma que es un noumeno inaccesible. Este contenido carece de estabilidad, es una serie de estados, es decir un proceso, un devenir, o sea una actividad cuyo conocimiento llamaremos experiencia” (8).

Recelo de los sistemas conclusos, aquellos que aparentemente han logrado resolver en magníficas estructuras ideológicas lo temporal y lo eterno. Hasta ahora no conozco ninguno que, a mi parecer, no contenga una gran dosis de imaginación. Por eso, leo con simpatía a Korn, no obstante sus titubeos, contradicciones y posibles soluciones no cumplidas. Pertenece a aquella raza de filósofos que bracean en el mar de la duda, a la búsqueda de una seguridad ideológica que jamás se conseguirá.

Korn es sincero, limpio, puro. Más no podemos pedirle; esto es suficiente. Pero este suficiente es lo más alogioso que de él podemos decir como pensador. “La filosofía, afirma, no tiene la última palabra, porque la vida es acción, tarea perpetua y no de un teorema... La teoría marcha claudicante detrás de los hechos. Pero el principio que los mueve lo dejamos señalado; llamémosle la Libertad creadora” (9).

Las dudas y las antinomias evidenciadas e irreconciliables son también conquistas. Sin embargo, es lógico que encontremos

(8) *Esquema Gnoseológico*, II.

(9) *Libertad creadora*, XXIX.

en nuestro pensador, de vez en cuando, expresiones amargas ante la imposibilidad de llegar a conclusiones que teóricamente resulten satisfactorias. Otros, menos sinceros y menos filósofos, se hubieran construido un sistema o adherido a alguno de los ya existentes. Son aquellos que se horrorizan ante la desnudez sistemática a que puedan empujarnos los esfuerzos especulativos; necesitan algo a que aferrarse, una creencia aunque no sea sino un mínimo dogma filosófico. Quieron ser apóstoles de una idea que no se atreven a mirar de frente, como si aspiraran a entontecerse en la repetición o en una acción acorde al sistema predicado.

Me parece que Korn vería a la humanidad, luego de estas disquisiciones filosóficas, a la manera de Thomas Hobbes, aunque naturalmente con otra base ideológica: los hombres se comportan en el mundo como átomos en un recipiente cerrado, todos animados por una fuerza que los repele recíprocamente: rechazándose, a causa de la singularidad de las conciencias, se ven obligados por necesidad a una construcción conjunta: la atracción no sería sino el efecto de la repulsión, la asociación una necesidad impuesta por la mutua hostilidad. Sin embargo, de hecho, el pensador argentino aspira a que el *homo homini lupus* del inglés se convierte en *homo homini deus* de Feuerbach.

El filosofar es privilegio de pocos y para raros momentos de la existencia: la acción es de cada instante. Contribuyamos a dignificar estos inacabables instantes. "Actualizar la libertad absoluta por la conquista del dominio económico sobre la naturaleza y del autodomínio ético, someter la necesidad a la libertad, alcanzar el pleno desarrollo de la propia personalidad, he ahí la meta, no impuesta por poderes extraños, no inventada por la fantasía, como que es la raíz misma del devenir" (11).

En contra de la actitud pesimista, se decide por la acción que es libertad. Rechaza el antifilosófico dogmatismo que subordina la libertad a la idea no comprobada ni probada. Sin embargo, la vida no espera, nuestro paso por la existencia es transitorio, los valores que elijamos serán cooperación o aislamiento. Defendamos y ejercitemos la libertad que dignifica cooperando. "No nos queda, dice, otra alternativa que elegir nuestro puesto en la contienda. De las teorías podemos prescindir, la acción se

(10) *Libertad creadora*, XXIX.

(11) *Apuntes filosóficos*, XVII.



impone siempre. «Al principio fué la acción . No al principio de las cosas, sino al principio de la redención humana. Por la acción la especie se ha forjado su cultura, técnica, humana y espiritual; por la cultura persigue su emancipación de toda servidumbre. La cultura es la obra de la voluntad; la voluntad quiere libertad. Que sea Libertad creadora”.

LUIS FARRÉ